

1. Resumen

Jeremías 20 cierra la primera gran sección del libro: después de muchos llamados al arrepentimiento, el pueblo ha cruzado el “punto de no retorno” y el énfasis se vuelve casi exclusivamente juicio. Pasur, sacerdote y falso profeta, responde al mensaje de Jeremías con azotes y cepo, tratándolo como delincuente y exhibiéndolo públicamente para silenciar la Palabra de Dios. Pero Dios invierte la situación: cambia el nombre de Pasur a *Magor-Misabib* (“terror por todas partes”) y anuncia que él y los suyos serán llevados a Babilonia y morirán en deshonra por haber profetizado mentira.

Luego vemos el corazón desnudo de Jeremías: delante de Dios se queja, se siente engañado, desea dejar de hablar, pero la Palabra arde como fuego en sus huesos y no puede callar. Escucha burlas, incluso de sus amigos, y se pregunta si vale la pena seguir. Al derramar su corazón en oración, su mirada se eleva: reconoce a Dios como poderoso gigante, vuelve a confiar en su justicia y termina cantando. Sin embargo, la lucha continúa: maldice el día de su nacimiento y se pregunta “¿para qué nací?”. La respuesta está en su llamado (Jer 1) y en la verdad de Romanos 8: Dios lo conoció, lo escogió, lo santificó y está usando todo —incluida la persecución— para formar la imagen de Cristo en él. Nada podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús.

2. Puntos principales

- **El contraste entre el falso consuelo y la verdadera Palabra de Dios**
Pasur representa al liderazgo religioso que profetiza paz cuando Dios ha anunciado juicio. Jeremías, en cambio, proclama fielmente el mensaje impopular de Dios: espada, hambre, cautiverio y despojo. Dios desautoriza públicamente a Pasur, le cambia el nombre y anuncia su deshonra en tierra extranjera.
- **La persecución como sello de la fidelidad al mensaje**
Jeremías es tratado como delincuente: azotado y puesto en un cepo que distorsiona su cuerpo para exponerlo al escarnio público. No es el único: Jesús anunció que los que sufren persecución por causa de la justicia son bienaventurados, y Pablo afirma que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”. La fidelidad al mensaje suele traer oposición.
- **El espacio seguro para “derramar su corazón” delante de Dios**
En lo íntimo, Jeremías se queja: siente que Dios lo “sedujo”, se duele del escarnio y confiesa que quiso dejar de hablar en nombre del Señor. Pero decide llevar esa lucha al lugar correcto: la presencia de Dios. Como el salmista, derrama su corazón delante de Él y allí recupera la perspectiva.
- **La Palabra de Dios como fuego imparable en los huesos**
Aunque Jeremías intenta callar, la Palabra arde en su corazón y en sus huesos. No puede

apagar el fuego que Dios ha encendido. Cuando Dios nos ha salvado y llamado, Su verdad nos impulsa a hablar aun en medio del rechazo. Vivimos ya no para nosotros, sino para cumplir Su voluntad y anunciar Su evangelio.

- **Del lamento a la adoración... y de vuelta a la lucha**
Al orar, Jeremías recuerda quién es Dios: poderoso gigante, justo, defensor del pobre. Eso lo lleva a confiar en la justicia de Dios y a cantar. Pero la batalla no desaparece: vuelve a expresar su dolor, maldice el día en que nació y se pregunta el propósito de su existencia. La vida de fe incluye momentos de fe robusta y otros de profunda confusión.
- **El propósito eterno de Dios en medio del sufrimiento**
La respuesta al “¿para qué nací?” está en el llamado de Jeremías (Jer 1) y en Romanos 8: Dios lo conoció antes de formarlo, lo apartó y lo puso como profeta a las naciones. En Cristo, Dios nos escogió, nos predestinó, nos llamó, justificó y garantiza nuestra glorificación. Todo lo que vivimos —incluida la persecución— coopera para un bien específico: ser conformados a la imagen de Su Hijo.
- **Nada puede separarnos del amor de Dios en Cristo**
Frente a la tribulación, angustia, persecución, peligro o espada, la certeza final no está en nuestra fuerza, sino en la fidelidad de Dios. En Cristo somos más que vencedores, no porque evitamos el sufrimiento, sino porque Él está con nosotros y Su amor es inseparable y eterno.

3. Preguntas para reflexión

- ¿En qué momentos te has encontrado tentado a suavizar o callar la verdad bíblica para evitar rechazo o incomodidad?
- ¿Tiendes a desahogarte más con personas o en redes que con Dios mismo? ¿Qué revela eso de dónde buscas consuelo y aprobación?
- ¿Has experimentado ese “fuego en los huesos” que te impulsa a hablar de Cristo aunque sepas que recibirás burlas o crítica?
- ¿Qué te dices a ti mismo cuando te preguntas “¿para qué estoy aquí?”? ¿Cómo cambia tu respuesta al recordar que Dios te conoció, te escogió y te llamó?
- ¿De qué maneras concretas Romanos 8:28–39 puede sostenerte en la temporada específica que estás viviendo hoy?

4. Aplicación práctica

- Decide delante del Señor que, por Su gracia, serás fiel a Su Palabra aunque sea impopular, evitando tanto el tono duro como el falso consuelo.
- Lleva tus quejas y confusión a la presencia de Dios: toma tiempo en la semana para “derramar tu corazón” delante de Él en oración honesta.
- Memoriza uno o dos pasajes clave (por ejemplo, Jeremías 20:9 y Romanos 8:38–39) y repítelos cuando sientas ganas de rendirte o de callar.
- Pide a Dios que Su Palabra sea fuego en tus huesos: ora específicamente por una persona a quien necesitas compartir el evangelio y luego búscalas intencionalmente.
- Cuando enfrentes burlas o rechazo por tu fe, recuerda a Jeremías, a los apóstoles y, sobre todo, a Cristo: responde con mansedumbre, perseverancia y oración por quienes te atacan.
- Revisa tu agenda y tus prioridades, y haz al menos un ajuste concreto que refleje que no quieras vivir “para ti mismo”, sino para el propósito de Dios de formar la imagen de Cristo en ti.